

LA SOCIOLOGÍA EN ARGENTINA DESDE LA VUELTA A LA DEMOCRACIA. VOCACIÓN CRÍTICA Y NUEVAS INSERCIONES LABORALES

Juan Pedro Blois¹

Universidad de Buenos Aires, Argentina

Resumen.- Este artículo se propone analizar el proceso de reorganización de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires a partir de la recuperación de la democracia en Argentina a mediados de la década del ochenta, en conexión con el proceso de crecimiento y heterogeneización de las inserciones laborales no académicas de los sociólogos. Se procura dar cuenta de las tensiones entre la concepción de la disciplina en la que los sociólogos son socializados en su paso por la carrera y el desarrollo de una práctica profesional por fuera de la academia.

Palabras clave.- *sociología argentina, profesionalización de la sociología, inserciones laborales no académicas*

Abstract.- This article seeks to analyze the process of reorganization of the degree in Sociology at the University of Buenos Aires in the mid eighties -when the democracy was reestablished in Argentina- in connection with the growth and diversification of the non academic occupations for sociologists. It tries to account for the tensions between the discipline's conception in which sociologists are socialized during their training at the university and the development of their professional practice outside the academy.

Keywords: *Argentinean sociology, professionalization of sociology, non academic occupations*

Introducción

Desde la restauración de la democracia a mediados de la década del ochenta, los espacios laborales donde se emplearon los sociólogos en Argentina experimentaron un notable crecimiento y heterogeneización. A la recuperación y normalización de las instituciones académicas públicas que ampliaban los lugares donde era posible dedicarse a la docencia y la investigación social, se sumaron un conjunto de instituciones no académicas que comenzaron a contratar un número creciente de sociólogos. Dependencias estatales, consultoras especializadas en análisis de mercado o en estudios de opinión, departamentos de recursos humanos de distintas empresas privadas e incluso organismos multinacionales, ofrecieron nuevas oportunidades para quienes no

¹ Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA), becario del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), investigador del Instituto Gino Germani y docente de Sociología Sistemática en la carrera de Sociología de la UBA. Es doctorante en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: pedro.blois@gmail.com

permanecían en el ámbito académico. Como consecuencia, empezó a producirse una profunda redefinición del espacio de la sociología local.

El contraste con el pasado inmediato era ciertamente marcado. Durante el período comprendido por la última dictadura militar (1976-1983), las oportunidades laborales para los sociólogos no habían sido numerosas. Intervenido la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, la primera carrera fundada en el país y la de mayor dimensión, y remplazado su plantel docente por un conjunto de profesores poco especializados, para aquellos sociólogos que permanecieron en el país –hubo varios que debieron emigrar víctimas de la persecución política del régimen castrense- los espacios donde se podían insertar resultaban escasos. Por un lado, el ámbito de la investigación social y la docencia no se extendía más allá de las limitadas inserciones que algunas universidades privadas y ciertos centros de investigación independientes podían ofrecer². Por el otro, las inserciones no académicas se reducían al incipiente espacio de las encuestas de mercado. Quienes no pudieron incorporarse en estos espacios debieron realizar tareas para las cuales su título de sociólogo resultaba verdaderamente prescindible.

Es usual referirse a los cambios iniciados con la vuelta de la democracia como el inicio de un proceso de “profesionalización” de la sociología en Argentina luego del impasse introducido por la dictadura militar. A primera vista tal parece ser lo ocurrido si se constata la expansión de las cátedras universitarias, de los programas de posgrado, de los grupos académicos y de las becas y subsidios a la investigación; así como, el creciente peso y visibilidad que fueron cobrando las variadas y multiformes inserciones no académicas, inserciones que, como señala un conjunto de intérpretes, han sido valoradas de manera crecientemente positiva por los sociólogos³.

Ahora bien, este proceso no ha sido lineal ni ha estado exento de tensiones. Sucede que, con la vuelta de la democracia, paralelamente a la difusión de las nuevas inserciones laborales, se produce en el ámbito de la principal carrera de sociología del país una reactualización y recuperación de la tradición crítica que había dominado esta institución desde mediados de la década del sesenta. En esta tradición, “el espacio más favorablemente valorado en las jerarquías de la comunidad sociológica es el de sociólogo académico con un claro y decidido perfil intelectual [que interviene] en discusiones relevantes de la vida pública de la sociedad” (Rubinich y Langieri, 2007:23). La disciplina, lejos de ser concebida como un simple medio de vida, es entendida como una herramienta implicada en la promoción de cambios sociales y políticos, muy asociada a la militancia en pos de la promoción de cambios sociales. En esas condiciones, las visiones que afirman el potencial “profesional” de la disciplina para ofrecer sus servicios a una variada clientela entran en tensión con las concepciones que la identifican con una vocación crítica, que deslegitima cualquier preocupación por

² Estos centros habían surgido como respuesta a la inestabilidad de las instituciones de enseñanza superior producida por las sucesivas intervenciones que seguían a los cambios en el signo político del gobierno nacional. En esas oportunidades, autoridades universitarias y profesores eran expulsados o cesanteados en lo que eran verdaderas “purgas” basadas en criterios ideológicos. Sobre el rol de los centros puede consultarse: Brunner y Barrios (1987). Sobre las ciencias sociales durante el último período dictatorial, Sabato (1996), Vessuri (1992).

³ Al respecto, pueden verse Beccaria y Goldfarb (2003), Beltrán y Goldfarb (2002), Casco y Engelman (2003), Pereyra, Casco y Denot (2007).

el éxito laboral de sus practicantes al tiempo que reivindica la figura del sociólogo como “intelectual público”.

El análisis de estas tensiones resulta pertinente porque, según creemos, permite poner ciertos reparos frente a la idea que sostiene que lo que ha caracterizado a la sociología local desde la vuelta de la democracia es un proceso de “profesionalización”. En este contexto, surgen una serie de preguntas: ¿cómo fue el proceso de reorganización del entramado de instituciones académicas y, en particular, dado su fuerte peso simbólico e institucional, de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires iniciado en 1984? ¿Supuso la extendida contratación de sociólogos en el mundo privado o en el sector público un proceso de “profesionalización”? ¿La tradicional visión crítica de los sociólogos argentinos respecto al mercado o al Estado declinó a punto tal de permitir la reivindicación de la sociología como una práctica profesional más, similar a cualquier otra?

Para dar respuesta a estos interrogantes, primeramente se realizará un breve recorrido por la sociología de las profesiones en un intento por aclarar las nociones de profesión y profesionalización, procurando ponerlas en relación con el proceso de ampliación y heterogeneización de inserciones laborales que se da desde mediados de los ochenta. A continuación, se reconstruirán algunos de los rasgos que caracterizaron la reorganización de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires en esos años. Finalmente, a partir del relato de sociólogos cuya principal inserción está fuera de la academia, se buscará dar cuenta de las tensiones y ambigüedades que signaron el desarrollo de estas “profesiones”.

La sociología de las profesiones y la sociología en Argentina

La sociología de las profesiones es una especialización que tiene una larga trayectoria. De origen anglosajón, dada la fuerte presencia que las profesiones tuvieron en la sociedad inglesa y la norteamericana, las primeras conceptualizaciones datan de la década del treinta. Sin embargo, fueron las elaboraciones del funcionalismo en los años cincuenta y sesenta –entre ellas las de dos referentes de singular importancia como Talcott Parsons y Robert Merton- las que contribuyeron de manera determinante a instituir la como un ámbito de estudios legitimado. Actualmente, la sociología de las profesiones presenta un escenario signado por el pluralismo y la diversidad teórica a punto tal que dos autores especializados han afirmado que “no existe una sociología [...] de las profesiones, sino unos enfoques sociológicos de los grupos profesionales, en acepciones muy variables” (Dubar y Tripier, 1999:245)⁴. En efecto, dada la variabilidad y diversidad históricas de las formas organizativas que las profesiones han asumido en tiempos diferentes en distintas sociedades, se han abandonado las tentativas que buscaban definir un conjunto de “rasgos esenciales” que debía reunir una ocupación para poder ser clasificada como una profesión. Fue precisamente esta pretensión por elaborar un “modelo universal” la que motivó los primeros enfoques. Así, fenómenos tales como la conformación de una asociación profesional, la formación de escuelas donde se obtuviesen las licencias para ejercer una profesión, la

⁴ Ésta, como el resto de las traducciones, son propias.

reglamentación de un código ético, la legitimación ante el Estado, fueron propuestos como eventos que, sucediéndose en el tiempo, las ocupaciones debían recorrer para conformarse como profesiones. Tomando como modelo lo que había sido el desarrollo de la medicina y la abogacía en Estados Unidos, estas perspectivas asumían que todas las profesiones recorrían una secuencia de hitos más o menos fijas. Como señala un sociólogo francés que ha estudiado la profesión de los abogados en su país en una mirada de largo plazo, aquellas perspectivas basaban sus relatos en “una historia asimilada a un evolucionismo simplista en virtud del cual el movimiento de las profesiones se encontraba proyectado sobre la dimensión que iba de la imperfección a la perfección” respecto de aquel modelo (Karpik,2003:62,63).

Desde fines de los años sesenta, sin embargo, la visión funcionalista sobre las profesiones comenzaría a ser puesta en cuestión por las llamadas “teorías del control de mercado”. Quienes las proponían denunciaban la naturaleza ideológica del funcionalismo puesto que aquellas instituciones a las que esta corriente había dotado de una función reguladora de la relación entre los poseedores de saber experto y los profanos –autogobierno, código ético, control a la entrada a través del licenciamiento, etc.-, servían, en realidad, a los intereses materiales y simbólicos de los profesionales al asegurarles, mediante el *cierre social* del ingreso de los no iniciados, el acceso a posiciones privilegiadas de mercado. La profesionalización, según denunciaba esta corriente crítica, no buscaba asegurar el buen desempeño de una función social, sino por el contrario, ejercer una función excluyente.

Andrew Abbott, uno de los más influyentes teóricos de las profesiones, ha criticado en su clásico *The System of Professions* (1986), la tendencia compartida por funcionalistas y por sus críticos de igual manera a centrarse en los aspectos organizativos que en un proceso lineal y acumulativo una ocupación iría adquiriendo hasta constituirse como profesión. En su lugar, ha propuesto poner en el centro del análisis las tareas que las profesiones realizan y las disputas que las enfrentan en sus pretensiones de asegurarse el control exclusivo –o “jurisdicción”- de un determinado problema social (la atención de la salud, la provisión de la educación a las nuevas generaciones, el funcionamiento del sistema legal, etc.). En su visión, las profesiones, lejos de constituir compartimentos estancos susceptibles de ser estudiados “uno a la vez” como hacían sus antecesores, constituyen un sistema interdependiente en el que aquellas compiten por hacerse una jurisdicción propia, rechazando los intentos “usurpadores” de las otras⁵.

De acuerdo a este autor, las profesiones se apropian de cierta tarea y constituyen una jurisdicción propia cuando al “trabajo cultural” por definir un problema social como tratable por el conocimiento específico que posee, se suma una “estructura social” –aquellas formas organizativas en las que se centraron las teorías anteriores- que identifique a sus miembros como los únicos que legítimamente pueden intervenir sobre ese problema. En este sentido, los reclamos jurisdiccionales se realizan ante tres audiencias: la

⁵ Así, para dar un ejemplo Abbott se refiere a la cuestión del alcoholismo en Estados Unidos en el sigloXIX. En aquel momento merced a las necesidades y tiempos estandarizados de la joven producción industrial fue preciso terminar con la práctica por entonces habitual de consumir alcohol durante la jornada de trabajo. En tal situación, ministros religiosos, médicos y psiquiatras compitieron por imponer definiciones sociales contrapuestas del alcoholismo -como problema moral, biológico o mental, respectivamente- que legitimaran su jurisdicción sobre el mismo (Abbott,1986:37).

opinión pública, el Estado y el lugar de trabajo. Si bien en cada caso las profesiones despliegan diferentes estrategias, en cada ámbito lo que está en juego es lo mismo: el derecho a definir los problemas sociales culturalmente y el derecho a dominar la estructura social que permite resolverlos excluyendo al resto de las profesiones. Según Abbott, “es la historia de las disputas jurisdiccionales lo que es real, la historia determinante de las profesiones. Los reclamos jurisdiccionales proporcionan el ímpetus y la forma al desarrollo organizacional” (Abbott, 1986:2).

Si pensamos en la evolución de la sociología en Argentina desde mediados de los ochenta, no parece demandar demasiado esfuerzo comprobar que aquello que las teorías definen como un proceso de profesionalización está lejos de haber tenido lugar. Si bien como quedó expresado no existe un modelo único y universal para definir las profesiones, y la profesionalización de una disciplina es siempre una cuestión de grado, desde la vuelta a la democracia antes que un proceso de profesionalización lo que se produjo es la difusión de un conjunto variado de espacios laborales donde los sociólogos se emplearon sin que se hayan definido, sin embargo, un conjunto de tareas que hayan reclamado como propias de manera exclusiva. Más bien, lo que ha definido su labor es una gran diversidad y versatilidad.

Sin duda, lo anterior puede ser vinculado con el hecho de que, con la excepción de los análisis de mercado y los estudios de opinión donde el instrumental propio de la disciplina vinculado a las encuestas es decisivo, las tareas que realizan los sociólogos en sus diversas inserciones son compartidas con un conjunto variado de profesionales provenientes de otras disciplinas. Lejos de constituir trabajos reivindicables sólo por sociólogos, muchas veces se trata de tareas para las que el título específico importa menos que la formación general que da el haber completado una carrera universitaria, formación que sirve como base desde la cual aprender las destrezas y conocimientos particulares requeridos por el trabajo en cuestión.

La misma heterogeneidad de tareas dificulta cualquier tentativa tendiente a reclamar la exclusividad en el tratamiento de cierta problemática y a organizar profesionalmente el ejercicio de la disciplina. Un ejemplo de esto lo constituye la labor del Consejo de Profesionales de Sociología, institución surgida a mediados de los ochenta, que aun cuando pudo conseguir ciertos resultados tendientes a la regulación de la profesión, careció de la fuerza necesaria para imponerlos en la práctica.

Si, por un lado, fue capaz de hacer que el Estado a través de la promulgación de un ley nacional reconociera y regulara el ejercicio de la profesión, exigiendo la matriculación de todo aquel sociólogo que se desempeñase profesionalmente, por el otro, los vaivenes en el número de matriculados –que no ha alcanzado una magnitud considerable⁶-, así como el hecho de que sea común dar con sociólogos que desconocen la existencia de esta institución y de la obligación de matricularse que establece la ley -matriculación que tampoco es exigida por las empresas u organismos contratantes-, revelan el rol

⁶ Si se tiene en cuenta que desde 1984 hasta 2007 han egresado de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires más de 3200 sociólogos, los casi 600 sociólogos con sus “matrículas al día” que se consignan en el sitio de internet del Consejo de Profesionales de Sociología (www.cps.org.ar) – que incluyen sociólogos egresados con anterioridad a aquel período y también sociólogos egresados de carreras de otras universidades- se comprueba el alcance limitado de las actividades de esta asociación.

limitado que esta institución ha podido ejercer en la estructuración del mercado laboral de los sociólogos.

Las limitaciones de una tentativa tendiente a institucionalizar la sociología como una profesión que, como aquellas que han despertado el interés de los teóricos de las profesiones, se exprese en una asociación profesional, se dé un código ético o busque la aprobación del Estado, quedan a la vista cuando se constata la dificultad de una disciplina como la sociología para definir un área de incumbencia propia⁷, distinta de aquellas reivindicadas por otras profesiones cercanas. Realidad que queda expresada en una ley que, si obliga a las “personas jurídicas, sean de carácter público o privado, que realicen actividades del ejercicio profesional de la sociología o de sus funciones” a contar “con el asesoramiento técnico de un sociólogo”, también contempla que ello no debe ir en “perjuicio de las incumbencias compartidas con otros profesionales del ámbito de las ciencias sociales” (Ley 23.553).

Ahora bien, es posible pensar que tales dificultades son propias de la sociología en tanto especialidad y que estarían presentes toda vez que los sociólogos buscasen institucionalizar su disciplina como una profesión siguiendo el modelo de las profesiones liberales. En este sentido, que las nuevas oportunidades laborales -en los términos de Abbott, “tareas vacantes” sobre las que reclamar una jurisdicción- que se expandieron desde mediados de los ochenta no se tradujeran en un proceso asimilable a lo que la sociología de las profesiones identifica y conceptualiza como el desarrollo de una profesión, aun cuando haya habido intentos en este sentido, debe vincularse, también, a la particular forma de entender la disciplina en la que los sociólogos en Argentina fueron formados en su paso por la universidad. Forma de entender la disciplina que rechaza lo que las asociaciones profesionales precisamente se proponen como una de sus metas: hacer de la sociología una profesión similar a cualquier otra cuyos servicios se ofrecen en la sociedad civil y en el Estado. Para dar cuenta de esta concepción –y de la fuerza con la que pudo legitimarse- es preciso referirse al particular proceso de reorganización del ámbito donde la mayoría de los sociólogos argentinos realizaron sus estudios desde mediados de los ochenta: la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires.

Recuperación de las instituciones académicas. La Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires desde 1984

Con el retorno de la democracia se abre un período de reconstitución y desarrollo de las instituciones de enseñanza y de investigación en sociología. A la reorganización de la carrera de la Universidad de Buenos Aires, que comenzaba a recibir a los profesores que habían sido expulsados en el período anterior, se sumaba la recuperación del CONICET, la principal entidad oficial de fomento al desarrollo científico que comenzó a ampliar los nombramientos y subsidios para la investigación en ciencias sociales. Los centros privados de investigación, por su parte, mantenían el dinamismo que habían tenido durante

⁷ Según lo dispuesto por la ley que regula el ejercicio de la profesión de sociólogo, se considera “ejercicio profesional de la Sociología: la producción, aplicación y transmisión de conocimientos científicos sobre la realidad social, fundados en la teoría, metodología y técnicas de dicha ciencia, así como la prestación de todos los servicios profesionales inherentes a la misma” (Ley 23.553).

el período dictatorial cuando habían desempeñado un rol fundamental en medio de un contexto poco favorable para la indagación sociológica. La renovación general de las ciencias sociales estimulada por la recuperación de este entramado institucional hizo que, con la multiplicación de becas, de grupos de investigación así como de espacios donde ejercer la docencia, la inserción académica deviniera una opción posible para un creciente número de sociólogos.

Ahora bien, no obstante la expansión de aquellos espacios, los sociólogos que podían dedicarse a la investigación y la docencia constituían una minoría. Esta minoría, sin embargo, no obstante su reducido volumen en términos relativos, poseía una fuerte capacidad para definir qué era la sociología y cuáles eran las tareas legítimas que le cabían a los sociólogos. En particular, el espacio que empezaba a influir a la hora de definir los límites legítimos de la disciplina era la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, ámbito donde comenzaba a arribar la mayoría de quienes, en el clima de recuperación de la política y de fuerte optimismo en su potencial transformador, decidían estudiar sociología. Para entender el peso simbólico del que pudo hacerse esta institución, es preciso reconstruir cómo se dio su proceso de reorganización a partir de 1984.

Al momento de la recuperación de la democracia, la Carrera de Sociología era un espacio marginal, sumamente aislado del medio cultural y académico más general. Las medidas represivas instrumentadas en el ámbito universitario por las autoridades castrenses habían hecho de esta institución un pobre remedo de lo que había sido en el pasado. Separada de la Universidad de Filosofía y Letras donde había sido fundada, fue aislada y emplazada en un conjunto de oscuras aulas del sótano de la Facultad de Derecho, ubicación que expresaba, a su modo, la valoración que tenían las autoridades interventoras de esta carrera. El plantel docente estaba constituido por un conjunto de profesores poco especializado que sólo había logrado acceder a sus puestos gracias a la expulsión de quienes hasta entonces habían tenido a su cargo la enseñanza. El número de estudiantes, por su parte, había bajado fuertemente, una novedad en el marco de la tendencia de una matrícula que, en el clima de optimismo modernizador a principios de los sesenta y de fuerte politización desde mediados de esa década, siempre se había mostrado ascendente⁸. La persecución política y la baja calidad de la enseñanza llevaron a los jóvenes que, aun en el clima represivo vigente quisieran estudiar sociología, a elegir universidades privadas⁹.

Con la vuelta a la democracia, se produce un recambio generalizado del plantel docente. Varias de las figuras más prestigiosas de la sociología local, que en muchos casos se habían visto forzados a abandonar el país, decidían volver al espacio donde se habían formado y en el cual habían tenido sus primeras experiencias docentes. Eran parte de las primeras generaciones de sociólogos y, en varios casos, habían participado del clima de agitación política y efervescencia social de fines de la década del sesenta¹⁰. El prestigio que esto

⁸ Si entre 1964 y 1972 la cantidad de alumnos había pasado de 880 a 2795, luego de la intervención militar, en 1980, el número había descendido a sólo 522 (Fuente: Censos Universitarios UBA).

⁹ . Sobre lo ocurrido en la carrera en este período existen pocos estudios. Alguna información puede extraerse de Perel *et al.* (2007) y de Raus (2007).

¹⁰ Al respecto, Cf. Sigal (1991) y Terán (1991). Sobre las disputas entre "sociólogos marxistas" y los "sociólogos nacionales", puede consultarse Burgos (2004).

les acordaba se sumaba al que les deba el haber continuado su trayectoria académica en instituciones destacadas del exterior. En varios casos, eran además protagónicos animadores de los debates y polémicas que, en torno a la consolidación del nuevo régimen político, convocaban a lo más destacado de la intelectualidad nacional. Hubo incluso quienes se desempeñaban como cercanos asesores de la máxima autoridad política del país -situación inédita en la historia de la sociología local¹¹.

Aun cuando el cuerpo de profesores de la carrera se nutrió mayoritariamente de sociólogos que habían permanecido en el país durante la dictadura y cuyos antecedentes era ciertamente más modestos, fueron los sociólogos consagrados que volvían del exilio los que se convirtieron en la “cara visible” de este espacio y los que le dieron su prestigio y singular peso simbólico en el ámbito de la sociología local.

El conjunto de docentes que se incorporó a la Carrera se caracterizaba por un gran pluralismo en las formas de concebir la disciplina y en los estilos de trabajo con los que se identificaban, hecho sin precedentes en la trayectoria previa de la institución. A diferencia de lo ocurrido en el pasado, cuando las distintas formas de entender la sociología se habían excluido unas a otras, un novedoso consenso aseguraba ahora su convivencia en el mismo espacio: en la nueva etapa, una vez desplazados quienes habían enseñado durante la dictadura¹², no deberían haber exclusiones de ningún tipo. Contra los anteriores enfrentamientos y prácticas excluyentes basados en criterios politizados, debía ahora primar, en consonancia con el clima más general, la convivencia democrática.

Ahora bien, por detrás de este consenso tendiente a la convivencia, se consolidaba de manera tácita una forma particular de concebir la sociología. En aquel contexto refundacional, el espíritu crítico que había caracterizado a la disciplina en el medio local fue reactualizado: la sociología fue entendida como una empresa vinculada al compromiso político y dedicada a la investigación social en la academia.

En esta recuperación dos elementos fueron fundamentales. De un lado, el perfil de los profesores más prestigiosos, mucho más identificados con el papel de “intelectual” implicado en las discusiones públicas que con el de “técnico experto”, definido como especialista que reivindica la neutralidad valorativa. Del otro, las orientaciones del estudiantado movilizado, en particular de sus agrupaciones políticas que desde temprano ejercieron una considerable influencia en la definición de las decisiones que hacían a la reorganización de la Carrera.

Observando las consignas y reclamos de las agrupaciones estudiantiles relativas a lo que debía ser la sociología como disciplina e institución universitaria en esos primeros años, se comprueba que lejos de buscar una profesión como cualquier otra de las que se ofrecen en una universidad, lo que pretendían era un punto de miras y acción que los vinculara a la sociedad

¹¹ Varios de ellos, con un pasado de militancia política, se habían exiliado en México donde habían emprendido un proceso de revisión de sus ideas políticas tendiente a la revalorización de la institucionalidad democrática. Al respecto, pueden verse Burgos (2004), Casco (2008), Lesgart (2003).

¹² A diferencia de lo ocurrido en otras carreras de la Universidad de Buenos Aires, en Sociología se procedió al desplazamiento total de los profesores que se habían hecho cargo de la institución durante el período dictatorial.

desde una posición crítica. Atraídos por la figura del académico comprometido con la política, reclamaban de la carrera un compromiso con los sectores dominados de la sociedad. La figura del sociólogo se asociaba estrechamente a la del militante. Su labor debía estar al servicio de una sociedad justa e igualitaria. La demanda de una apertura de la carrera hacia las necesidades de la “sociedad” y de la “clase obrera” o el “pueblo” devino una constante. En definitiva, los estudiantes movilizados buscaban en la sociología mucho más de lo que habitualmente se busca en una carrera universitaria.

Ahora bien, dado lo anterior, tras la afirmación de un consenso que defendía la convivencia como un valor a defender, una exclusión tácita era operada. Las versiones de la disciplina que se apartaran -al menos explícitamente- del ideal de una sociología académica y comprometida no tendrían expresión en la Carrera. Varios estilos de trabajo en el pasado incompatibles -desde quienes se consideraban herederos de Germani hasta sus detractores- podrían coexistir y difundirse en este ámbito mientras compartieran esta concepción.

En ese contexto, es comprensible que los sociólogos de mayor trayectoria en las actividades vinculadas al análisis de mercado y a los estudios de opinión, verdaderos promotores de estas actividades en el medio local (Vommaro, 2008), prefirieran no integrarse a la renovada carrera. Comprometidos con el desarrollo de una “sociología aplicada” tendiente a dar respuestas a las demandas de la sociedad, de manera ciertamente distinta a aquella impulsada por los estudiantes, en varios casos habían formado empresas muy exitosas. Sin embargo, en el pasado, con la rápida politización de la Carrera desde comienzos de los años sesenta, no habían encontrado allí un medio propicio donde enseñar su particular *expertise*. Su idea de la sociología como una profesión que debía ofrecer sus servicios a quien pudiera pagarlos había estado en las antípodas del enfoque predominante en aquellos años.

A mediados de los ochenta, sin embargo, con la expectativa de hallar un espacio donde ejercer la docencia, varios sociólogos vinculados al análisis de mercado y a los estudios de opinión intentaron incorporarse al plantel docente. Para ello, se presentaron a los concursos para asignar cargos en las áreas de metodología y estadística¹³. Rápidamente, esta intención fue abandonada pues al momento de la entrevista ninguno se presentó. El perfil que la Carrera cobró en esos primeros años se reveló incompatible con el estilo de sociología que practicaban y estaban interesados en difundir.

Sin dudas, la resistencia que habrían encontrado hubiera sido muy fuerte si hubiesen logrado incorporarse y empezar a enseñar los contenidos propios del análisis de mercado y los estudios de opinión. Es que los estudiantes, como indicamos, mucho más que un medio de vida, buscaban en la carrera un ámbito de reflexión crítica. Para ellos, la carrera debía formar “sociólogos críticos con autonomía intelectual”¹⁴. Dados estos fines, cualquier preocupación por las posibles salidas laborales de la sociología -precisamente aquello que podía ofrecer este grupo de sociólogos- quedaba en un plano secundario. Los capitales y habilidades acumulados en su ejercicio profesional estarían privados de cualquier valor en el ámbito de la Carrera.

¹³ En el marco de la “normalización” universitaria, Se estableció como condición para normalizar la universidad que el 51% de los cargos docentes fuera asignado por concurso. (Buchbinder,2005:214). En sucesivos llamados, se llamó a cubrir diez cargos de profesor titular y diecisiete de adjunto (Blois,2008).

¹⁴ Tomado de una octavilla de una agrupación estudiantil de la época.

Así lo demuestra la experiencia de algunos sociólogos más jóvenes vinculados al análisis de mercado que decidieron incorporarse como docentes. En estos casos, se produjo un fenómeno curioso. Su inserción profesional principal quedó invisibilizada, produciéndose un divorcio entre la actividad docente y la actividad laboral: en sus clases no harían referencia a sus trabajos por fuera de la academia. Incluso allí donde enseñaban metodología, no ofrecían contenidos vinculados a su experiencia profesional. Sin poner en cuestión la definición de la sociología como una práctica académica, explicaban las técnicas e instrumentos de investigación en conexión con la investigación social sin destacar sus potenciales usos no académicos, aquellos con los que se ganaban la vida.

Así, más allá del consenso tendiente a la convivencia de perspectivas y estilos diferentes, dada la imagen de la sociología legítima que dominaba la institución, las versiones de la disciplina más vinculadas al mercado laboral, no tuvieron expresión en la Carrera -sea porque quienes aspiraron a hacerse de una cátedra desistieron antes del concurso, sea porque quienes se integraron como profesores adjuntos o ayudantes no incorporaban los contenidos de su práctica profesional a sus clases-.

Desde la institucionalización universitaria de la disciplina, toda carrera de sociología, en cualquier país del mundo, se ve enfrentada a una tensión entre dos tendencias contrapuestas: favorecer la sociología como discurso crítico – impugnadora de la dominación y las relaciones de poder establecidas- o estimular la sociología como profesión -preocupada por garantizar a sus practicantes una buena inserción en el mercado laboral. De esta tensión deriva una ambigüedad constitutiva de la sociología universitaria, ambigüedad que, en la Universidad de Buenos Aires, tras la vuelta a la democracia, en consonancia con la trayectoria previa, tendía a definirse en favor del primer polo.

La reactualización de un debate

Es interesante destacar que la reorganización de la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires iniciada tras la vuelta a la democracia reactualizaba una discusión en torno a la naturaleza del vínculo entre sociología e inserción laboral que puede encontrarse en el período anterior a la dictadura. En efecto, había habido en el pasado prestigiosos sociólogos que intentaron promover una sociología “técnica” capaz de desempeñarse como “asesora” de distintos actores e instituciones de la sociedad civil y el Estado, tendiente a abandonar el estricto “academicismo” y la “ideologización” volcarse a la resolución de problemas sociales “concretos e inmediatos”, siguiendo el modelo de otras profesiones.

Así, a fines de los años sesenta, Torcuato Di Tella, miembro del grupo fundador de la Carrera y estrecho colaborador de Gino Germani, basado en la idea de que los grandes avances científicos se habían dado cuando una tradición científica se había conectado con una práctica tendiente a la búsqueda de soluciones para los problemas prácticos de una sociedad –daba el ejemplo del psicoanálisis, de la economía keynesiana y del marxismo- aconsejaba a los sociólogos salir de las paredes de la universidad y encontrar su propio “paciente” en la multiplicidad de “centros de elaboración de decisiones” – sindicatos, cooperativas, empresas, reparticiones del Estado, etc.- que en su

accionar cotidiano estructuraban la sociedad argentina. En su visión, estas instituciones “necesitan –aunque no siempre lo busquen- asesoramiento sociológico” (Di Tella,1967:87). A favor de la profesionalización de la sociología, afirmaba que los sociólogos en tanto profesionales con conocimientos científicos podían y debían lanzarse a la búsqueda de una clientela que por entonces era atendida por “amateurs” y “curanderos” a los que era preciso desplazar de su trabajo en la “orientación de la praxis social”.

En el mismo sentido, poco tiempo después, Manuel Mora y Araujo, figura destacada de las primeras generaciones de graduados y uno de los fundadores de los estudios de opinión en el medio local (Vommaro, 2008), instaba también a los sociólogos a estimular el “consumo” que la sociedad hacía de la sociología a través de la difusión de la “sociología aplicada”. Según su parecer, una sociedad persuadida de la “utilidad” de esta disciplina contribuiría a darle mayor sustento, legitimidad y apoyo financiero. Así, “la justificación social de la sociología se encontrará en su contribución a la resolución de problemas de la sociedad”. Este sociólogo buscaba convencer a su audiencia con un argumento caro a sus pares más politizados y menos dispuestos por ello a entender la sociología como una profesión como cualquier otra: la “dependencia cultural” derivada del financiamiento que diversas agencias y fundaciones extranjeras ofrecían a la sociología local¹⁵. Si los sociólogos pudiesen crear la demanda cuando ella no existiera o imponer su trabajo cuando no se lo pidiesen, podrían contribuir al cambio de la sociedad en la medida que estarían rompiendo con el aislamiento académico que hacía que “la sociología gir[e] como una bola en el vacío, no se aliment[e] del resto de la sociedad ni la aliment[e], no contribuyendo, por lo tanto a cambiarla” (Mora y Araujo:1971:125).

Estas visiones, aun cuando enfatizaron su compromiso con la promoción de cambios en la sociedad e incluso incluyeron el cuestionamiento a la “dependencia cultural”, cuestiones de notable presencia en aquel entonces, no lograron concitar entusiasmo entre los sociólogos y los estudiantes de sociología. Cuando no fueron simplemente ignoradas, fueron rechazadas por quienes asociaban la disciplina con una vocación revolucionaria. Así, por ejemplo, Eliseo Verón, discípulo enfrentado a Germani, en un escrito de 1974, realiza una dura crítica a las ambiciones de lo que denomina “cientificismo” presente en Di Tella y en Mora y Araujo por basarse en una falsa distinción entre una ciencia libre de valores y la ideología. Contra la figura del sociólogo como “tecnócrata”, que puede ser contratado con provecho tanto por quienes están interesados en mantener el orden social vigente como por quienes se plantean su subversión, Verón afirmaba irónicamente que “resulta bastante probable que, en su recorrida del mercado potencial de clientes, [el sociólogo] no encontrará muchos que opinen que estimular la guerrilla es una manera de hacer “funcionar mejor” la sociedad [Y agregaba retomando las expresiones de Mora y Araujo] Si de lo que se trata es de “favorecer un mayor flujo de recursos

¹⁵ Gino Germani había apelado a esta fuente de recursos para dar sustento al programa de investigaciones de la nueva carrera. Rápidamente esto devino una de las fuentes de la crítica de algunos de sus discípulos y de las nuevas generaciones de estudiantes que, en un momento en que “el imperialismo devino la clave interpretativa de la realidad” (Terán, 1986), comenzaron a impugnar su figura, movimiento que se tradujo en su alejamiento del espacio que había fundado y luego del país. Al respecto, Germani (1968), Verón (1974), Germani (2004), Noé (2005).

a la sociología” y de “obtener beneficios”, es fácil imaginar cuáles serán, en definitiva, los clientes” (Verón,1974:56,60)¹⁶.

Volveremos a escuchar la opinión de uno de estos sociólogos en 1980 cuando realiza un balance de la trayectoria de la sociología en Argentina y en particular de la experiencia que se dio en la Carrera de la Universidad de Buenos Aires entre 1955 y 1966 –período que va del el nombramiento de Germani a cargo de la organización de los estudios de sociología hasta la intervención militar que pone fin a aquella experiencia-. A la luz de una “dolorosa” autocrítica, el autor propone ciertas líneas de acción para la reorganización de los estudios de esta disciplina que seguiría a una posible apertura y liberalización del régimen político de entonces. Además de estimular el estudio de la historia, la problemática nacional y del marxismo, rasgos ausentes en el pasado y que explicarían la reacción “anticientificista” de mediados de los sesenta, Di Tella, una vez más, afirmaba la necesidad de fomentar las “sociologías aplicadas, que sirven para operar en instituciones de acción concreta”. En su visión:

Hay una tendencia en los que se aproximan a la sociología a desvalorizar estas técnicas, sea porque son menos estimulantes a la imaginación que las interpretaciones generales de la sociedad o de la política, o porque se considera que sirven sólo para poner remiendos a la sociedad, o para hacer ganar dinero a quienes contratan estos trabajos. Aunque esto pueda ser cierto, no lo es menos que de alguna manera hay que ganarse la vida, y estas especialidades son de las más prometedoras en este sentido. En la medida que el sociólogo deja de lado su obsesión con la utopía, puede aceptar más las limitaciones de la condición humana –que incluye la propia- y aceptar ser, en una parte muy apreciable de su actividad, una rueda en el engranaje de la sociedad. El sociólogo, como cualquier otro profesional, debe ser capaz de asesorar y “curar” al paciente o cliente, sin preguntarse necesariamente si ese cliente va a misa todos los días, o si tiene convicciones políticas que lo colocan en la vanguardia del cambio social. (Di Tella,1980:312).

Según el autor, de una adecuada formación teórica dependía cambiar el tradicional ánimo poco propicio de los estudiantes hacia las “sociologías aplicadas”. Evitando los “desvaríos” que en el pasado habían dominado la enseñanza de la disciplina se podría impedir una influencia nociva que “a través de sorberle el seso a los estudiantes” hace que “no se interesen en las aplicaciones específicamente profesionales de su disciplina” (Di Tella,1980:312,313). Como vimos, dado el perfil que la Carrera adoptó prontamente a partir de 1984, estas concepciones no tendrían eco en la orientación de los estudios.

Tensiones en las formas de entender y practicar la sociología de los sociólogos insertos en trabajos por fuera de la academia

Según pudimos observar, tras la vuelta a la democracia en la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, se consolidó un ideal de sociólogo que reafirmaba la tradición crítica –que había dominado la institución en el pasado- y que postulaba la inserción académica como la única salida laboral legítima. En este sentido, esta institución se configuró como un espacio

¹⁶ Sobre las controversias entre Germani y Verón, puede verse Blois (2009)

poco receptivo a la preocupación por la inserción laboral de sus graduados, de manera que aun cuando desde mediados de los ochenta se hayan generado una serie de novedosas oportunidades, no se producirían modificaciones significativas en la currícula donde pudieran tener expresión. A diferencia de otras carreras, donde la preocupación por la salida profesional de sus egresados es una constante, en lo sucesivo la reluctancia a introducir cambios que contemplasen las nuevas inserciones fue presentada y se legitimó como una “resistencia” frente a las fuerzas económicas –de signo neoliberal- que podrían atentar contra la autonomía de la institución universitaria y la investigación científica (Beltrán2005:490).

Ahora bien, como se indicó, fueron relativamente pocos quienes al terminar sus estudios podían insertarse en la actividad académica. El resto, por el contrario, debía realizar tareas que muchas veces resultaban ajenas al ideal de sociólogo en el que habían sido formados. Tal situación los obligó a lidiar con una tensión permanente entre ideal y práctica profesional. Como señala Beltrán, “la emergencia de estos espacios de inserción profesional crea en el ámbito de la carrera de Sociología una tensión con el perfil intelectual que ella propone. Esa tensión no se vincula sólo con los contenidos de la currícula y la “demanda” del mercado sino con el hecho de que muchos egresados, ocupados como profesionales públicos o privados, deben justificar su práctica frente al modelo planteado por la carrera” (Beltrán,2005:487). Para dar cuenta de esta situación, en lo que sigue, a partir del testimonio de varios sociólogos pertenecientes a las primeras camadas de graduados tras el retorno a la democracia, vamos a procurar ejemplificar cómo se vive individualmente lo que es una cuestión estructural: el desfase entre el ideal inculcado en su formación universitaria y su práctica profesional concreta.

En primer lugar cabe consignar que la inserción en espacios no académicos se tradujo para estos sociólogos en un trabajo de aprendizaje que, si bien presumiblemente se da en todo aquel que formado en cualquier profesión ingresa al mercado laboral por primera vez, en el caso de la sociología pudo implicar la puesta en suspenso de la formación recibida. Para los jóvenes sociólogos se trataba de aprender una operatoria nueva y diferente. Lejos de percibir que estuviesen aplicando lo que habían aprendido en su paso por la universidad, estos sociólogos manifestaron que en su práctica profesional debieron aprender todo “desde cero”. Como sostiene Beltrán, para quienes han ingresado al mundo laboral no académico existe una suerte de “ruptura”, un antes y un después claramente marcado e identificable, que contrasta con quienes se han dedicado a la academia para los que habría continuidad entre sus tareas y el paso por la carrera (Beltrán,2005:509).

Un ejemplo paradigmático de esto lo constituyen los sociólogos empleados en el sector privado a través de los denominados “Programas de Jóvenes Profesionales” implementados por grandes empresas para incorporar universitarios recientemente egresados cuyos requisitos son poseer título universitario y conocimientos del idioma inglés. Una vez incorporados, durante un año estos jóvenes realizaban cursos de preparación brindados por la empresa y recorren distintas áreas de la misma, donde la formación específica recibida en la Carrera importaba menos que el nivel cultural que asegura el haber pasado por una universidad.

Sabía cero, nada, absolutamente nada de cómo funcionaba una organización, no tenía idea, desde lo instrumental me costó. Me acuerdo que el aprendizaje fue difícilísimo para mí al principio porque era como que yo te diga que venía con todo un bagaje teórico, con toda una cuestión de conocimiento y lo que tenía que hacer era organizar cursos, y ver quiénes iban y ordenarlos y dictarlos... Era como una ruptura muy fuerte, sobre todo, los primeros trabajos que vos decís: “¿para eso estudié? ¿Para eso me formé?”.

¡Sin duda, me diferenciaba! Sin duda. De eso no hay duda porque yo no tenía nada que ver con empresas, o sea, era –si querés– como la “oveja negra” o la “mosca blanca”, llámalo como quieras... Era un lenguaje que no hablaba, que no manejaba... Eso tiene una lógica que es única y vos estás siempre parado en otro lugar. ¡Sin duda, sos diferente! Sin duda y se nota y se nota mucho. A mí me genera desventajas. No te lo voy a negar.

Yo venía de la Facultad. Era “la mala” de los cursos porque hacía las preguntas básicas... Entonces, se volvían locos los tipos. ¡Bueno, basta, parás acá! Ése fue el otro “clic” grande que tuve que hacer, o sea, que en la capacitación de las organizaciones es más capacitación ... Como dijo una vez alguien, la capacitación es como una gragea para que te pare el dolor de cabeza y no algo para abrirte la cabeza y que te permita acceder al conocimiento...

O sea, yo entré a laburar a [principal consultora de estudios de opinión] y no tenía ni idea. O sea, las materias de metodología me habían parecido despreciables, ¿me entendés? Las había robado... Digo robado, pasado rápido. Entonces, yo veía un cuadro de doble entrada y lo que sabía era estadística descriptiva. Así empecé. Me acuerdo que los primeros días me leía dos páginas por día. Entonces vino [el dueño de la consultora], me cacheteó y me dijo: “Flaco, a ver, esto no es el instituto de sociología”. Entonces ahí empecé a laburar.

De todas formas, la distancia que media entre la formación recibida y los requerimientos de la inserción laboral no necesariamente implica una valoración negativa del paso por la carrera o de la organización de los estudios. Lo que estudiaron es recuperado como una “cultura crítica”, como una forma de advertencia para ver la sociedad.

Y así como te digo que no tenía idea de lo que pasaba, digamos, en la facultad no te enseñan la lógica de las empresas, ni la cuestión más instrumental para trabajar, sí te puedo decir que haber estudiado sociología me sirvió muchísimo porque, de alguna manera, yo tenía la posibilidad -y es lo que creo que además me permitió a mí hacer una carrera en las organizaciones- tenía la posibilidad de despegarme de las cuestiones más transaccionales del día a día y tener una mirada distinta frente a las cosas. Tener una mirada más crítica, una mirada más de articulación de cosas que parecen que no están conectadas entre sí...

Y sigo descubriendo que sigo eligiendo... O sea, que no me equivoco de haber estudiado lo que estudié, más allá de que muchas veces cuando he buscado trabajo y me ha costado tanto, diga ¡¿por qué me metí a estudiar sociología?! Pero la seguiría eligiendo porque como te digo, me parece sumamente atrapante la postura que te da ante las cosas.

Así, sin pensarse en términos de profesión, la sociología pasa a ser percibida como una formación general, una manera diferente y crítica de ver las cosas, una lectura que permite ir más allá de las apariencias, una perspectiva que habilita a “mirar debajo del agua”.

¿Para qué me sirvió Sociología? Bueno, para esta mirada diferente de las cosas de la organización, para la lectura de las tramas del poder, de cómo funciona porque, bueno, te empezás a dar cuenta que las empresas no tienen una lógica única, idéntica, que van todas para el mismo lado sino que al interior... Es como la sociedad en sí misma, ¿no? Hay un montón de situaciones encontradas, de conflictos, de pujas de poder, de cuestiones que hay que entender, analizar y administrar para poder trabajar. Y desde ese lugar, la sociología me ayudó mucho. Me permitió mirar las cosas de otra manera y, a partir de ahí, poder hacer aportes diferenciales, poder plantear cosas distintas respecto de qué hacer.

Yo creo que el sociólogo es muy difícil de decir cuál es su oficio... Yo creo que ser sociólogo es una manera de encarar la vida. Es una manera de tratar de analizar qué es lo que pasa a tu alrededor y tomar las decisiones en tu vida teniendo en cuenta un montón de socio-elementos que, por ahí, otra formación no te los da. Pararte en cualquier lugar, cuando sos ciudadano y como ciudadano, y darle ese bagaje que te da esta profesión... formación... Digo, para mí es más una formación que una profesión.

Esta interpretación de la sociología permite que aun cuando estos sociólogos no se dediquen a lo académico, ideal en el que fueron formados, no se sientan excluidos de la disciplina en la que se graduaron.

Porque yo salí con esta cuestión del deber ser “y yo capaz que voy a tener que ser investigadora porque sino no soy socióloga”... ¿Y voy a ser socióloga si yo no accedo a esto? Y después te vas dando cuenta que podés ser sociólogo, por lo menos, como lo tomé yo, como una formación de vida, como que te podés ir enriqueciendo de otra cosa.

Una cuestión significativa, allí cuando son de manera paralela docentes universitarios, es el valor que da este conjunto de sociólogos a esta práctica. Ya se indicó que desde la reorganización de la Carrera fue usual encontrar docentes cuya trabajo principal no estaba relacionado con los contenidos que enseñaban. Del mismo modo, estos jóvenes sociólogos no incorporan los contenidos asociados a su desempeño profesional a sus clases. Difícilmente podría ser de otro modo en un ámbito donde se reafirma una imagen de sociólogo vinculado a la academia y con vocación crítica que deslegitima la preocupación por la salida laboral. Dar algo de lo que se aprendió fuera de la universidad implicaría distanciarse de la norma que domina la institución.

Aún más, la docencia pueda dar una identidad positiva que la inserción laboral, tensionada con el ideal expresado en la formación recibida no está en condiciones de brindar.

Nunca yo decidí, “voy a dedicarme a esto”, ¿entendés? O sea, el día que me di cuenta que me dedicaba a esto... Viste como los mozos que en los restaurantes modernos [...] te dicen: “Yo soy actor pero trabajo de mozo” y después de diez años son mozos?! Era como una cosa que hacía pero lo mío

era otra cosa. Lo mío era la política [universitaria] y todavía seguía diciendo que la academia.

Las dificultades para reconocerse como sociólogos a partir de la labor que realizan en sus lugares de trabajo es una de las razones que dan cuenta de la debilidad de aquellas instituciones que buscan promover una visión de la sociología como profesión y movilizar a los sociólogos en tanto profesionales. Trabajen en el Estado o en el mundo privado, la identidad, en varios casos, se construye por fuera de estos espacios. En tales circunstancias, dada su atomización y disgregación, los sociólogos empleados por fuera de la academia no generan una conciencia de grupo, necesaria para reivindicar la exclusividad de ciertas tareas o para introducir ciertas regulaciones normativas que hagan al ejercicio de la profesión.

Para estos sociólogos insertados por fuera de la academia, no resulta sencillo definirse como sociólogos porque, más allá de lo que su título universitario indique, en su paso por la carrera internalizaron una idea que define al sociólogo como alguien que lleva adelante una actividad distinta de la que ellos realizan. En este sentido, para este conjunto de graduados una definición pragmática de la sociología –identificar a los sociólogos como aquellos que se definen como tales- resulta ciertamente problemática.

Bibliografía

(1988), Abbott, Andrew, *The System of Professions. An essay on the Division of Expert Labor*, The University of Chicago Press, Chicago and London.

(2003) Beccaria, A. y Goldfarb, “La inserción de los sociólogos en el Estado”, Buenos Aires, mimeo.

(2005) Beltrán, Gastón, “Formación profesional y producción intelectual en tiempos de cambio político”, en Levy, Bettina y Gentili, Pablo, *Espacio público y privatización del conocimiento*, CLACSO, Buenos Aires.

(2002) Beltrán, Gastón y Goldfarb, Lucía, “La sociología argentina en los ´90: nuevos límites del campo”, Buenos Aires, mimeo.

(2008) Blois, Juan Pedro, “La reorganización de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires tras la vuelta a la democracia (1984-1990)”, ponencia presentada en las *I Jornadas de Historia de la Universidad en la Argentina de la Universidad Nacional del Litoral*.

- (2009) Blois, Juan Pedro, "Interpretaciones enfrentadas de la historia de la sociología en Argentina. Las lecturas del pasado como disputas del presente". *Revista Argumentos*, Nro.10, Buenos Aires, <<http://argumentos.fsoc.uba.ar/n10/articulos10.htm#1>>
- (1987), Brunner, José y Barrios, Alicia, *Inquisición, mercado y filantropía*, FLACSO, Santiago de Chile.
- (2004) Buchbinder, Pablo, *Historia de la universidades argentinas*, Sudamericana, Buenos Aires.
- (2004), Burgos, Raúl, *Los gramscianos argentinos*, SigloXXI, Argentina.
- (2008), Casco, José, "El exilio intelectual en México. Notas sobre la experiencia argentina 1974-1983", *Apuntes de investigación del CECYP*, No.13, Buenos Aires.
- (2003), Casco, José y Engelman, Ana, "La inserción de los sociólogos en el ámbito privado", Buenos Aires, mimeo.
- (1999) Dubar, Claude y Tripier, Pierre, *Sociologie des professions*, Armand Colin, Paris.
- (2004), Germani, Ana, Gino Germani. Del antifascismo a la sociología, Alfaguara, Buenos Aires.
- (1968) Germani, Gino, "La sociología en Argentina", *Revista Latinoamericana de Sociología*. Vol. 4, 3, Buenos Aires.
- (2003) Karpik, Lucien, "Les professions et la sociologie historique", en Menger, Pierre Michel (dir.): *Les professions et leurs sociologies. Modèles théoriques, categorizations, évolutions*, Editions de la Maison de Sciences de l'homme, Paris.
- (2003) Lesgart, Cecilia, *Usos de la transición a la democracia*, Homo sapiens, Rosario.
- (2005) Noé, Alberto, *Utopía y desencanto*, Miño y Dávila, Buenos Aires.
- (2006) Perel, Pablo, Eduardo Raíces y Martín Perel, *Universidad y dictadura*, Ediciones CCC, Buenos Aires.
- (2007), Pereyra, Diego, María Sol Denot y José Casco, "Traditions, institutions and profession in Argentine sociology. A hard to solve puzzle", mimeo.
- (2007) Raus, Diego, "La sociología en el 'Proceso'", *Sociología en Debate*, Buenos Aires, nº1.
- (1996) Sábato, Hilda, "Sobrevivir en dictadura: las ciencias sociales y la "universidad de las catacumbas"", en Quiroga, H. y Tcach, C. (comps.): *A veinte años del golpe, con memoria democrática*, Homo sapiens, Rosario.
- (1991) Sigal, Silvia, *Intelectuales y poder en Argentina*, Punto Sur, Buenos Aires.
- (1991) Terán, Oscar, *Nuestros años sesenta*, Punto Sur, Buenos Aires.
- (1986) Terán, Oscar, "Rasgos de la cultura argentina en la década de 1950", en *En busca de la ideología argentina*, Catálogos, Buenos Aires.

(s.f.) Testa, Julio y equipo, *Estudio comparativo de Graduados*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Buenos Aires.

(1992) Vessuri, H., "Las ciencias sociales en la Argentina: diagnóstico y perspectivas", en Oteiza, E. (Ed.): *La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y perspectivas*, CEAL, Buenos Aires.

Fuentes

(1967) Di Tella, Torcuato (1967), "La sociología y la praxis social", *Revista Latinoamericana de Sociología*, Vol.3, nº1, Buenos Aires.

(1980) Di Tella, Torcuato (1980): "La sociología argentina en una perspectiva de veinte años", *Desarrollo Económico*, Vol.29, nº79, Buenos Aires.

(1968) Germani, Gino, "La sociología en Argentina", *Revista Latinoamericana de Sociología*. Vol. 4, 3, Buenos Aires.

(1971) Mora y Araujo, Manuel, "La sociedad y la praxis sociológica", *Desarrollo Económico*, Vol.11, nº41, Buenos Aires.

(1974) Verón, Eliseo, *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento: 25 años de sociología en Argentina*, Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires.

